

Cinco propuestas contra la desigualdad

Alejandro KATZ

Ensayista y editor. Profesor en la Universidad de Buenos Aires. Crítico y analista político y cultural.

Hemos envejecido en estos días; nuestros rostros tienen nuevas marcas: la del miedo, la del azoro, la de la confusión. Pero, sobre todo, la de la incertidumbre, la incapacidad individual y colectiva de imaginar los rasgos posibles del futuro. La crisis sanitaria, que derivó rápidamente en una crisis económica y social, se irá convirtiendo en una crisis política y en una crisis de cultura. Posiblemente, si se hace todavía más grave, será una crisis de civilización. Pero no podemos saberlo con certeza: quizá una combinación de soluciones rápidas, que detengan la propagación de la enfermedad y el deterioro de los medios de vida, y una reacción inteligente de los Estados y de las sociedades ayude a que se mitigue la catástrofe. “Los recuerdos de un desastre —escribió Daniel Kahneman— se atenúan con el tiempo, y con ellos la preocupación y la diligencia. La dinámica de la memoria ayuda a explicar los ciclos recurrentes de desastre, preocupación y creciente confianza”. En Argentina tenemos larga experiencia en atenuar los recuerdos de los sucesivos desastres que hemos producido y ganar cada vez una confianza que se ha probado, hasta ahora, improductiva. No hay por qué suponer, entonces, que esta vez será diferente. Quizá, antes de que algo así ocurra, deberíamos conservar el recuerdo de este desastre para actuar a favor del futuro común.

Todo es desconocido, con la excepción de un dato: el resultado de lo que ocurre, sea cuando sea que concluya y sea cual sea el trayecto que lleve a ese final, será el incremento de la desigualdad entre nosotros: desigual distribución de los bienes materiales y simbólicos, de la riqueza y de la educación, de las oportunidades y del cuidado.

“Aportar iniciativas para pensar la vida poscovid-19” exige, en mi opinión, pensar estrategias para reducir esos niveles de desigualdad y la producción de pobreza que ella implica. Entre las muchas estrategias posibles, subrayo cinco:

1. *Crear una democracia de propietarios.* Esbozada en los trabajos tardíos de John Rawls, y elaborada desde entonces por varios economistas y filósofos, apunta a que la mayor cantidad posible de personas accedan a diversas formas de propiedad, como un medio para garantizar la seguridad y la independencia individual, y la cohesión social. “La idea —escribió Rawls— es poner a todos los ciudadanos en posición de manejar sus propios asuntos y de participar en la cooperación social en pie de respeto mutuo e igualdad de condiciones”. La creación de una democracia de propietarios contribuirá a la vez a la equidad, a la cohesión social, a la sustentabilidad del desarrollo económico y a la solidaridad intergeneracional. Por un lado, ello exige instrumentos de capitalización individual y familiar, especialmente en relación con la vivienda propia, cuyos efectos —mejora de los aprendizajes escolares, aumento en la estabilidad laboral, mayor percepción de bienestar, entre otros— están confirmados por numerosos estudios. Se trata de revertir el largo ciclo de “inquilinización” de la sociedad argentina y, sobre todo, de los más jóvenes. Por otro lado, hay que crear instrumentos para que los inmensos subsidios, exenciones y promociones fiscales con los que el Estado apoya a determinados sectores empresariales se transformen en cuotapartes del capital a los que los ciudadanos —no el Estado— puedan acceder. Como escribió Mariana Mazzucato, si “socializamos las quiebras, también deberíamos socializar los éxitos”¹ por medio de un “dividendo ciudadano”. Así, los recursos públicos no beneficiarían solo a los dueños del capital, sino a una extensa red de accionistas de esas compañías. Externalidad positiva: cada vez más ciudadanos tendrían incentivos para el éxito a largo plazo de las empresas, contribuyendo a romper las tensiones de la “puja distributiva”.²

2. *Asalar a los estudiantes.* Uno de los grandes problemas de nuestro país es la alta tasa de deserción escolar: los incentivos para abandonar la escuela son cada vez mayores a medida que el nivel social de las familias de los estudiantes desciende y la edad de los estudiantes aumenta. Un salario estudiantil que se comience a devengar desde el ingreso en el preescolar pero solo se haga efectivo al concluir la educación secundaria tendría al menos tres efectos positivos: 1) cuanto más tiempo permanece cada joven en el sistema, mayor es el capital acumulado y, en consecuencia, mayor el incentivo para terminar los estudios;

2) al término del ciclo secundario, el importe acumulado no se haría efectivo en metálico: sería el capital inicial para un emprendimiento laboral (herramientas, un vehículo, un fondo de comercio...), para una inversión fija (un terreno para construir, el anticipo de una vivienda propia...), o una beca para la educación terciaria o universitaria; 3) durante los 12 o 13 años en los que el estudiante capitaliza su salario, este, depositado en un banco público, solo puede ser utilizado para micropréstamos de inversión productiva para los sectores vulnerables de la población. Así, se crea un “mercado de capitales” destinado a ese sector.

3. *Reformar la fiscalidad.* Si se trata de mejorar la distribución de la riqueza, es imprescindible cambiar el sistema fiscal regresivo y muy poco inteligente de Argentina. Regresivo: recauda más entre quienes menos tienen. Poco inteligente: establece los peores incentivos para la política económica. Dado que la principal fuente de recaudación es el IVA, los gobiernos encuentran una doble razón para las políticas que estimulan el consumo en lugar del ahorro y la inversión. Si Argentina necesita desarrollar una economía exportadora, esa estructura fiscal es la peor posible: ni ahorro ni inversión ni exportaciones; convierte al corto plazo en el lugar de convergencia de los gobiernos y de la sociedad. La fiscalidad debería concentrarse en la riqueza, en las ganancias no reinvertidas y en la generación de divisas. El diseño del sistema fiscal no debe responder solo a la necesidad de recaudación, sino una forma de introducir equidad y, quizá especialmente, de generar los incentivos adecuados, tanto para los actores económicos como para los agentes públicos y los ciudadanos, en función de un desarrollo económico igualitario y sustentable.

4. *Distribuir la población.* Es imprescindible federalizar el país. El Estado nacional debería, para ello, federalizarse a sí mismo: llevar cada ministerio y cada secretaría a sitios estratégicos del territorio. Secretaría de Agricultura, a la zona núcleo; de Pesca, al litoral atlántico; Ministerio de Salud, al norte del país, Tucumán. Infraestructura, a la Patagonia o a Córdoba. ¿Recursos para hacerlo? No hay. Pero la salida de la pandemia podría estar acompañada de créditos importantes de los organismos internacionales, necesitados de estimular la recuperación de la economía global y evitar conflictos sociales. Un plan semejante implicaría la realización de obras de infraestructura en diversos puntos del país, propiciaría

la instalación de actores privados que darían servicios diversos a la burocracia allí asentada, crearía *clusters* sectoriales al hacer que en torno de cada sede ministerial se radiquen las empresas asociadas con la actividad, reforzaría a las sociedades civiles en provincias en las que esta es casi inexistente, mejorando la calidad democrática, y estimularía una migración inversa, desde el conurbano bonaerense hacia el interior del país. También daría a los gobiernos una perspectiva diferente del país, obligaría a desarrollar y mantener infraestructuras de comunicación, abriría el acceso a la burocracia a las sociedades del interior y mejoraría los sistemas educativos y sanitarios regionales.

5. *Construir una ciudadanía más allá del empleo.* Gran cantidad de derechos han estado históricamente asociados con el trabajo: a las vacaciones, a la jubilación, a cierta calidad de atención sanitaria, al disfrute del tiempo libre. La sociedad pospandemia será, seguramente, una sociedad más mezquina en empleos formales de lo que ya lo ha sido la anterior. Es necesario desacoplar los derechos del empleo formal. Posiblemente el ingreso ciudadano universal sea una de las maneras de hacerlo. En todo caso, es hora de explorar modos posibles, y ponerlos en marcha.

Argentina tiene muchos problemas, pero una tragedia: la desigualdad y sus consecuencias. El futuro, siempre abierto, es, en condiciones disruptivas como las actuales, insondable. De la incertidumbre más profunda surge, sin embargo, una sola evidencia: la desigualdad y la pobreza serán aún mayores, la tragedia argentina más grave. Imaginar estrategias para comenzar a construir una sociedad más equitativa es el principal desafío del tiempo presente.

NOTAS

1. Mazzucato, M. “We Socialize Bailouts. We Should Socialize Successes, Too”. *The New York Times*, 1° de julio de 2020.

2. Gerchunoff, P. y Rapetti, M. (2016), “La economía argentina y su conflicto distributivo estructural”, en *El Trimestre Económico*, México, FCE, abril de 2016; y Gerchunoff, P.; Rapetti, M. y de León, G. (2020), “La paradoja populista”, en *Desarrollo económico*, Vol. 59, n° 229.